



SOMOS CALLE



CENTROHISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

FUNDACIÓN
Carlos Slim

SOMOS CALLE



CENTROHISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

FUNDACIÓN
Carlos Slim

© Fundación Carlos Slim-Fundación del Centro Histórico (FCH) 2016

Todos los derechos reservados

Fundación del Centro Histórico
(FCHCDMX)

Tel: 11077300 (Oficina central)

www.fundacioncentrohistorico.com.mx

Responsabilidad

Los términos empleados y la presentación de los materiales en esta publicación no implican la expresión de ninguna opinión por parte de la Fundación Carlos Slim con respecto al estatuto legal de ninguna ciudad o área, de sus autoridades, o con respecto a la delimitación de fronteras o límites, ni aun al sistema económico o nivel de desarrollo social. El análisis, conclusiones y recomendaciones de la publicación no necesariamente reflejan los puntos de vista de la Fundación del Centro Histórico.

Fotografía de portada: Mario Hernández, acervo de la Fundación del Centro Histórico.

Diseño gráfico: Michelle Ortiz.

ISBN: 978-607-97453-0-1

Autor: Edson Lechuga con información basada en testimonios de la población en calle.

Operador de calle: Psic. Lorenzo Escalante García.

Responsable de la publicación: Agencia Social de la Fundación del Centro Histórico.

Contacto:

controladmin@fch.org.mx

AGRADECIMIENTOS

Realizar un trabajo de esta naturaleza, sencillo y profundo, requiere del interés y participación de muchas personas... sin duda, agradecemos en primer lugar a todas aquellas personas que han compartido con nosotros los relatos de su vida, su vida en calle... a Lorenzo Escalante, por ser el contenedor de todas estas historias, participante respetuoso en los encuentros que las facilitaron.

Agradecemos también, la sensibilidad de Edson Lechuga para rescatar fragmentos claros y oscuros en esta narrativa y no menos importante, la asesoría de Vincenzo Castelli y el compromiso de Adrián Pandal y Christiane Hajj de la Fundación del Centro Histórico de la Cd. de México, A.C., para hacer visibles algunas de las peculiares condiciones de las personas que hacen de la calle su vida cotidiana, ajenas a la frialdad e indiferencia de los números y estadísticas con que muchas veces son presentados.

Prólogo

Todo el mundo, todas las ciudades metropolitanas, todos los barrios complejos tienen su calle. La calle, un espacio lleno y vacío al mismo tiempo, un lugar y un no lugar, un área de pasaje, de persistencia, de permanencia, de vida.

La calle representa muchas veces un cruce de encuentros, de intercambios, de fiesta, de lucha, de pelea, un mundo con muchos aprendizajes. Aprender la dimensión cruda de la vida, aprender a perder tiempo (en la calle el tiempo es de verdad muy relativo), aprender a estar en una relación con muchas caras, aprender la mentira y al mismo tiempo la verdad, aprender a convivir con la soledad y con el flujo de personas, aprender la rabia y la ternura.

Las calles de todo el mundo (la de Pattaya en Tailandia, la de Bombay en India, la de Mogadiscio en Somalia, la de Nápoles en Italia, la de Marsella en Francia, la de Puerto Príncipe en Haití, la de Río de Janeiro en Brasil, la de Bogotá en Colombia) son muy parecidas: mismo olor, misma angustia, misma rabia, misma basura, mismo increíble circo de relaciones; sin embargo y a la vez son lugares únicos, con leyes propias, con códigos propios, incomparables con otros espacios.

La calle del Centro Histórico de la Ciudad de México es parte de este mundo, con su historia, sus habitantes, sus reglas (de verdad hay reglas en la calle), sus ritos y sus mitos. En algunas calles de este Centro Histórico (Calle Regina, Callejón de Mesones, Calle San Jerónimo) operadores sociales por un largo año han encontrado personas, hombres y mujeres, jóvenes y adultos que viven en la calle. Han experimentado con ellos, en carne propia, sentimientos de locura, angustia, desilusión, desafío, ganas de vivir, increíble fuerza de ánimo. Fiesta, dolor, muerte, música, alegría, desencanto.

Todas estas emociones, sentimientos de la absurda y real comunidad de tránsito y de vida no pueden quedar en un recuerdo, en un sueño pasado. Hemos pensado construir, con todas estas experiencias vividas, una pieza

de ficción con lenguaje de calle, con protagonistas que mantenemos anónimos pero verdaderos y reales. Una novela que pueda ir a la parte trasera de la representación social de la calle, de lugares comunes sobre los habitantes de la calle; una obra que pueda coser mundos, historias, emociones en una mezcla a veces surreal, a veces trágica, a veces, muchas veces, profunda... como la vida de calle y sus habitantes.

Vincenzo Castelli
Fundación del Centro Histórico

*En mi calle vive el príncipe del cáncer,
la dama venérea y un viejo que hace blues.
Cada puerta es como un bálsamo bendito,
para el miedo, el amor y la piedad.*

*José Cruz
Real de Catorce*

SI PINCHE MI PASADO Y PINCHE MI PRESENTE, PINCHÍSIMO MI
FUTURO

Un Tonaya, un frasco, un pomo, un alcohol, un pegue, un sorbo. Así se dice en la calle. Un trago, incluso hay quien le llama: un chingadazo de paz.

El Chaparro suele decir un aliviane porque el Tonaya es lo único que le quita los temblores. Le chinga la panza, lo sabe, le desgracia el hígado, le quema las tripas. Pero le alivia la cabeza, lo relaja, lo pone contento.

Cuando trae un Tonaya el Chaparro canta, baila sin importarle el dolor de la pierna, el dolor de su hijo, el dolor de la calle, el Chaparro canta. Y no canta mal. Canta recio. Cierra los ojos y canta. Puras de adoloridos eso sí. Puras que hablen de aquella que lo abandonó aunque haya sido él quien dejó a ella. Canta y cuando canta siente que...

Pero el Chaparro canta desde adentro, siente, vibra con las letras. A capela porque en el callejón no hay guitarras, ni violines, ni trompetas. Sólo la voz y el Tonaya. Pero no hace falta más que eso: la voz y el Tonaya.

El Chaparro canta a las ocho doce de esta mañana fría en el Distrito Federal que ya le quieren cambiar el nombre pero para el Chaparro será siempre el Distrito Federal y que chinguen a su madre; que le cambien el nombre a su perro los hijos de la chingada, pero a mi DF no me lo toquen. Y menos a mi calle pendejos, porque esta calle es más mía que de ellos.

Y sí, la calle, toda, es del Chaparro y del Salva y del Lauro y del Ojitos y de la Güera que en realidad es güero porque aquí las mujeres no entran. Nada más nel. Ni madres. Por ningún motivo. Las mujeres emputecen el alma porque tiene el alma emputecida desde el inicio de esto que apenas vamos entendiendo y que le pusimos el nombre de *vida*. Pese a que aquí hay poca, lo que abunda es la muerte, eso sí, chingos de

muerte. Hacia donde voltees se huele, se percibe, se ventea: chingos de muerte.

Todos ellos, hechos bolas, anudados, zurcidos unos a otros con hilos de alcohol son la *Horda de los sin techo*. Así les dicen y así se dicen y así se saben. Voy con la *Horda*, dicen cuando le caen a la esquina a darse un pegue. Se refiere a San Jerónimo, Regina, Mesones, Isabel la Católica y 5 de Febrero. Todas esas calles son su calle. Todas esas esquinas son su esquina.

Y justo ahora ahí están todos, borrachos e infelices, mugrosos y felices, hediondos e infelices junto al arbolito de navidad que la Delegación puso en un macetero de su calle decorado con esferas de colores y que ellos, poco a poco, uno a uno, fueron adornando con botellas vacías de Tonaya. Porque se ve más bonito así, más chingón, más de nosotros. Se ve como más de a de veras, como más neta. Con esferitas y foquitos se veía fresa, se veía gringo, gacho, pero con botellitas de Tonaya cambia, se ve como una navidad nuestra, una navidad de la calle, de esta calle, de nuestra calle. Y todos ríen y asienten y se dan golpecitos en los brazos y se mandan a la verga y rolan la colilla de cigarro y se mochan con otro frasco de Tonaya porque el invierno en esta pinche ciudad cada vez está más rudo. Y todo por culpa del piche Obamas que hace sus mamadas de recalentar el planeta y nos pasa a chingar a todos. Pero no hay pedo, carnales, aquí está el remedio metido en este frasquito de doscientos cincuenta mililitros. Porque Tonaya quiere decir Tonatiuh y Tonatiuh es Dios y Dios quita la sed, las penas, el hambre, las calamidades. Y a Dios hay que entregarse aunque sea a cachos como me estoy entregando yo, dice el Chaparro y se remanga el pantalón y muestra el hoyo pútrido que tiene en la pantorrilla izquierda.

—Huele a muerto—dice el Salva pero el Chaparro no lo pela, sigue cantando mientras la calle se va llenando de transeúntes de las ocho y veinte que miran de reojo a la *Horda de los sin techo*, que le temen, que le tiene lástima, que le huyen, que le sacan la vuelta, que les despierta compasión, que les da asco, que les da risa su risa y sus canciones alegran poquito la mañana aburrida de ese martes en el Distrito Federal

al que ya le quieren cambiar el nombre.

Y la *Horda* no se inmuta, sabe que la calle es suya y de nadie más. No es de los transeúntes, ni de los coches, ni de los automovilistas ni de los peseros, sino suya. Suya porque han pagado por ella el enorme precio del desprecio, el abandono, el frío, el hambre, la marginación, la desnutrición, los calambres, los delirios, el llanto; el pinche llanto que se desboca cuando algún mal recuerdo se pone encima de este pinche presente. Si pinche mi pasado y pinche mi presente... , pinchísimo será el futuro.

Pero ni modo, aquí nos tocó malvivir y aquí malvivimos, en esta casa sin techo que es la calle. Y es por eso que ellos deciden si entrar o no entrar: porque a la calle se entra, no se sale, se entra como quien entra a una selva, o a un desierto, o a una cueva. Salir de casa y entrar a la calle es lo que hice y es lo que volvería a hacer si otra vez estuviera en mi casa. Pero eso es un puro decir porque de aquí ya no me saca nadie.

—¿Ni muerto? —pregunta el Salva.

—Ni así —dice el Chaparro—, porque quiero que me entierren aquí mero, en esta mera esquina de San Jerónimo e Isabel la Católica por donde ahora pasa ya gente a ríos. Apresurada la gente que checa a las nueve porque ya son las ocho cincuenta y el Salva se caga de risa porque está borracho y está contento. Cántate otra, Chaparro. Y el Chaparro se arranca con *El Rey* porque yo sé bien que estoy afuera, pero el día en que yo me muera, sé que tendrás que llorar; llorar y llorar; llorar y llorar. Y todos, el Chaparro, el Salva, el Lauro, el Ojitos, la Güera, todos corean

la rola y saben,
sienten que a la calle,
su calle,
ya le hace falta otro muertito.

Y saben,
sienten que ése es el precio que hay que pagar por ser Calle.

BESITOS DE AMOR

El Lauro es Calle. Todas las mañanas pone su puesto y vende dulces y pendejaditas que merca en el barrio.

—¿Quiúbole, doña. Cómo amaneció? —saluda—. Eso es lo importante, que haya salud. Ahorita el Chaparro le lleva sus Malboros.

Son sus dominios, su madriguera, su territorio. Aunque no lo camine —porque no le responden las piernas—, lo rueda. Rueda su territorio que es más o menos lo mismo que caminarlo. Incluso dice que es mejor rodarlo que caminarlo. O eso le dijo al doctor: mejor rodar que caminar, mi doc. Y el Lauro sonrió y el doctor no porque el comentario le supo más a resignación que a broma.

Además así hace carreritas con el Salva y el Chaparro y se la pelan los dos pinches briagos porque no pueden correr más de media cuadra cuando ya andan echando el bofe y escupiendo sangre. Lo que no sabe el Lauro es que lo dejan ganar. El Salva y el Chaparro le hacen el paro y lo dejan ganar porque él es quien parte el queso en este chiquero. Así es y así está bien. Será porque el Lauro si tiene casa, o porque tiene un chingo de conectes, o porque echa el cotorreo con morras, o porque siempre trae varo, o sepa la chingada por qué pero es él quien dice como es.

—Buenas, don, ¿cómo sigue su señora?... Órale pues, sígale preparando la comida, nomás que no se mal acostumbre, no se le vaya a olvidar cómo encender la estufa.

El Lauro cabulea con la raza, bromea con los transeúntes, dirige la orquesta. Comida no le falta al Lauro porque nunca falta el comedido, el compasivo que le dispara el desayuno, y quien la comida, y quien la cena. Así que aunque a veces no hay comida, otras hasta tres. Por eso dice el Lauro que hay veces en que la vida te quita las manos del pescuezo y te da una de jamón por tantas otras que te ha dado de queso de puerco. Y

el queso de puerco es para los puercos, carnal. Pero todo depende de las ganas que tengas de vender lástima, ñero. Si te levantas de veras jodido y tristeando seguro te cae comida y varo; pero si te levantas contento y con ánimo, con ganas de salir adelante, entonces la vida se te adelanta y pura de árabe: para que se eduque, compa; para que aprenda que no hay que andar poniéndose contento, para que escarmiente y entienda que la mera felicidad es estar bien triste. Así que prefiero pedir favores, talonear, comer lo que me regalen, agradecer lo que llegue. Piojo por piojo, liendre por liendre y oreja por oreja pero sin venganza, piensa el Lauro. Y es que aquí no hay venganzas pero sí favores que se pagan con más favores.

—Gracias, doña, dígale a su hijo que me debe veinte varos o un favorcito de aquellos... Ándele, pase usted, que tenga buen día —y así se la lleva el vato bajo el sol de esta pinche ciudad de lumbre, esta ciudad que se despedaza, esta ciudad de cables, esta ciudad a la que ya quieren cambiarle en nombre pero nel,
de ninguna manera.

El Chaparro visita al Lauro todos los días porque le conviene y porque lo aprecia. En ese orden. Le echa la mano a acomodar los dulces para que se vea presentable el negocio, no tierroso como tú, pinche Lauro, que no te has cambiado la playera en una semana.

—Es que hace frío, cabrón, y es de lana.

—¿Y eso qué?, ¿a poco crees que la lana tapa lo hediondo?

—Hediondo tú, pendejo. A purititita mierda hueles.

—Mejor a mierda que a podrido.

—Eso sí.

—Eso sí.

Y se medio ríen y se medio miran hasta que el Chaparro siente venir uno de esos temblores que sólo se le calman con un aliviane, con un traguito de Tonaya; y tiene que alejarse porque al Lauro no le gusta que chupen cerca de su puesto.

—Se abren a la verga, culeros, aquí no se chupa. Y menos

Tonaya. Si al menos fueran caguamas como la otra noche que los invité a un jale bien machín y salió harto varo y gracias a eso yo mero disparé las caguamas y hasta una putita para el Salva.

El Salva recién se acerca escucha y se acuerda de la chamaquita que tuvo debajo y sonrío, se le hace agua la boca, se le eriza la piel porque aquella morenita lo beso como si de veras, como si no fuera el décimo de la noche, como si algo, aunque sea chiquito, nimio, insignificante, algo se le hubiera movido dentro a la morenita. Algo nuevo, algo neto, algo que le hizo al Salva pensar en que tal vez... no sé... a la mejor en una de esas vuelvo mañana y no me cobra. Pero la muy puta era muy puta y nada es de a gratis, mi rey, como si estuvieras tan guapo, como si no comiera yo diario, como si no tuviera tres boquitas que mantener. Pero aun así el Salva recuerda y el recuerdo le da risa, una risa buena que poco a poco se va convirtiendo en mala porque el recuerdo se le retuerce y se le revuelve con otro recuerdo más culero: aquel donde está él, bocabajado, empinado, sujeto de manos y patas, despernancado, con el culo para arriba, con las nalgas al aire, mordiendo un pañuelo mientras algún hijo de puta lo parte en dos

lo penetra,

lo tuerce,

lo abre,

lo rasga,

le da duro hasta que no puede más y lo llena

se suelta el hijo de puta,

se alivia,

se queda vacío.

Y le duele el culo al Salva. Ahí parado frente al Lauro le duele el culo y aprieta la navaja en su bolsillo junto con los dientes y siente ganas de sangre, ganas de muerte, ganas de vaciar algún ojo de su cuenca. Más todavía cuando ese recuerdo retorcido se escinde debajo de otro menos perro pero más. Menos deforme pero más. Menos obsceno pero más. Aquel donde es él quien bocabajea a otro y lo parte en dos lo penetra,

lo tuerce,
lo abre,
lo rasga,
le da duro hasta que lo llena
y se suelta el Salva,
se alivia,
se queda vacío.

Mientras el Salva recuerda el Lauro sigue en el bisnes. Comenta con una doña que quiere a los de la *Horda* como si fueran sus hijos.

—Hijos de la chingada y míos —bromea—: su madre es la chingada y yo su mero padre.

Y es cierto, el Lauro sabe dar razón de uno y de otro. Sabe sus gustos, sus vicios, sus secretos, sus dolencias. Es el quien los despioja, quien les quita las chinguiñas, quien les limpia los cachetes con salivita, quien incluso,

a veces,
hasta besitos les da.
Besitos de amor.
Eso sí, después de habérselos cogido.

UNA DE JAMÓN POR TANTAS OTRAS DE QUESO DE PUERCO

Hay veces en que la vida te quita las manos del pescuezo y te da una de jamón por tantas otras de queso de puerco. Hay veces, dice el Lauro, en que sin que tú lo pidas te cae del cielo una nalguita, o una lanita, o una lanita para una nalguita.

—Es la pura voluntad de Dios —opina el Salva—, para que no nos muéramos de hambre como perros.

—Pior —le ladra el Lauro—, los perros de ahora comen mejor que nosotros.

—Eso sí.

—Eso sí.

Y por sus cabezas pasa toda una galería de perritos fifis con las uñas pintadas, labradores recién bañados, cockers más bonitos que cualquiera de ellos, galgo respingados como sus dueñas, chihuahuas en brazos, siempre en brazos de los hipsters del Centro Histórico; y se hace un silencio, y dejan caer los ojos porque no se aguantan la mirada: porque saberse menos que un perro es imposible de soportar.

El Chaparro no opina, solo asiente junto al resto de la *Horda* de los sin techo. Asiente y sonríe porque se imagina una cosa buena; es decir: Tonaya. Porque en la calle después de meses o años las cosas buenas se reducen a una: Tonaya. Teniendo el pomo todo lo demás es lo de menos. El hambre, el susto, el frío, el remordimiento, las ganas de cagar, de mear, de coger, todo lo cura el Tonaya, todo lo mitiga.

Les voy a alegrar la tarde, culeros, nada más para que se den cuenta de qué lado masca la iguana y quién es el que parte el queso y de qué color tienen los ojos los cocodrilos. El Lauro los arrea, los motiva, los empuja con cariño y ahí van todos metidos en la tarde que comienza a dejar caer la noche sobre las azoteas de esta ciudad que se aferra a seguir siendo

DF y no Ciudad de México como dicen que le quieren empezar a decir.

—Ya le quieren cambiar el nombre —se encabrona el Chaparro.

—Nel —niega el Lauro—, aunque se lo cambien no se le cambia.

Eso es de lo que no se han dado cuenta esos pendejos.

—Quiénes —pregunta el Salva.

—Pues los puercos, los liendrosos, los políticos —y el Salva asiente, entiende. Y el Chaparro asiente, entiende. Y la *Horda* entera asiente, entiende—. No se han dado cuenta que nadie puede cambiarle el nombre a esta ciudad más que nosotros porque nosotros se lo pusimos. Fuimos nosotros desde nuestra miseria quienes le comenzamos a llamar DF al Distrito Federal porque se nos hacía bien largo decirle Distrito Federal y bien chido decirle DF.

—«DF»..., suena machín —es el Chaparro quien piensa en voz alta.

—Simón —sonríe el Lauro—, y nosotros se lo pusimos: somos los constituyentes —y rompen la tarde del Centro Histórico a carcajadas hilarantes, pestilentes, alcohólicas. Ríen juntos y revueltos y se dan de putazos en la espalda y se jalan los pelos tiesos y se pican el fundillo en broma y se dan cuenta de que ríen juntos para salvarse porque la risa cura, la risa ilumina, la risa alumbra,

la risa cubre de bonito el pavimento,

los coches, el hambre, las banquetas, los delirios, el hedor, los puestos callejeros. La risa limpia aunque cada uno ría por cosas diferentes:

el Lauro por sentirse de veras constituyente,

el Chaparro porque no tiene ni puta idea de lo que eso significa,

el Salva porque el Chaparro se ve bien cagado chimuelo y a carcajadas,

el Ojitos porque si no se ríe seguro le caen a putazos los otros, nomás por no reírse con ellos o por hablar zipizape como habla,

y la Güera por la risa que le da ver tanta risa junta.

El Lauro es ley, raza, banda, uno de los nuestros. El Lauro aliviana, hace el paro como ahora que los lleva a un callejón fuera del territorio

como quien lleva a sus hijos a la escuela. Pero nadie desconfía, nadie duda. Todos saben que el Lauro sabe. Como la vez anterior cuando el tráiler, cuando cámara cabrones a descargar esta madre para ganarnos unas caguamas y unas putitas. Y órale putos a darle, a chingarle toda la noche como gatos, como rateros de arriba para abajo descargando el pinche tráiler puje y puje, sude y sude. Y eso que a nadie de nosotros nos late el trabajo, ya lo sé, pero si queremos de vez en cuando una nalguita hay que bajar cajas, culeros.

Y ahí fuimos todos sin ganas pero con ganas. A chingarle. Y ahí les va una caja y ahí les va la otra y dale cabrón y cámara y órale y toda la noche, todas las horas de la noche, toda la sed de las horas de la noche sudando, pujando, sangrando en los gargajos y sintiendo los mareos... pero después lo chido, lo reata, lo chingón, la salud a todos los malestares: el Tonaya.

Y menos mal porque al Chaparro ya se lo estaba cargando el payaso. El pendejo ya no aguanta mucho, no tarda, seguro será el próximo, piensa el Salva, o lo dice en voz baja:

—Seguro ya no le queda mucho porque cada vez más se engarota el wey. Como antenoche que tuve que frotarle las patas y los brazos porque se lo estaba cargando pifas. Neta. Se entumió todito el pendejo y se le trabaron las quijadas y empezó a babear bien culero. Sin poder hablar, nomás babeando y temblando y hasta se mordió la lengua el pendejo y córrele por la cuchara y métesela en la trompa para que no se muerda la lengua como el Ojitos que se la partió en dos y por eso habla como zipizape.

El Chaparro se puso grave, recuerda el Salva. Gacho, grave gacho. Yo tuve que hacerle el paro al wey... esa es la ley de la calle: nadie deja morir solo a un camarada; ni en la peda, ni en la cruda.

Pero aquella vez por fortuna despuesito de la convulsión el Chaparro se acordó que debajo de tantos escombros en su cabeza, debajo de tanta basura, debajo de tanto delirio estaba el recuerdo cristalino de una botellita de doscientos cincuenta mililitros de Tonaya. Ahí. Mero debajo de aquel fierrerío escondida entre los botes de basura y el retorcedero

de láminas. Una botellita luminosa que sirve para quitar las angustias y dar paz.

—No importa que esté escupiendo sangre, Salva —dijo aquella vez el Chaparro—. De todas maneras me va a cargar la chingada. No importa. La cosa es que se me vaya esta mala sombra que me da cuando ando sobrio.

Y el Salva fue por el frasco y antes de ofrecerle un trago al Chaparro le pegó un trago él porque no vaya a ser que con la desesperación este come mierda se lo empine todo y luego se muera de una congestión y a joderme yo con un muertito y sin Tonaya. No, mejor primero un trago, aunque después del primero se me vino el ansia más cabrona y como que mejor ya no le doy nada a este come mierda. Al fin y al cabo se va a morir, pana, él solito lo está diciendo. Y el Chaparro se retuerce y lo manda a la verga y no seas culero hijo de tu puta madre, no ves que me está cargando la chingada. Y el Salva lo piensa, lo duda, lo sopesa..., y finalmente cede ante los retortijones del Chaparro, ante sus ojos desorbitados, antes las grietas de sus labios, pero solo por la ley de la calle,

por nada más.

Ahora, decíamos, van rumbo a otro territorio siguiendo al Lauro, con fe. Ahorita les voy a alegrar la tarde, había dicho el Lauro y ya era de noche y aún no les alegraba nada. Hasta que toparon en un callejón peor de jodido que el suyo, que ya es mucho decir. Y el Lauro toca la puerta, decidido, sin pedo alguno.

—¿Quién? —le contestan desde adentro, recio, golpeado.

—El Lauro —dice el Lauro.

Y la cortina metálica cruje y se va levantando como telón de teatro, se va izando como la bandera de un país manoseado, mosqueado, ensangrentado, embarrado, un país todito dado a la verga: este país.

El Salva mete los ojos antes que cualquiera porque es precavido y mientras lo hace agarra recio la navaja y prepara las piernas para salir vuelto. madres en caso de que sea necesario salir vuelto. madres. Pero

no hay nadie más que un barbón y una muchacha que no se sabe si es muchacha o muchacho de lo percutida que está; o percutido. Una muchacha que es más bien un amontanadero de ropa sucia, un puño de pelos, un nido de cucarachas. Una muchacha a la que le sobran tetas y le faltan dientes, le faltan ojos y le sobran liendres. Una muchacha que parece que no mira, nomás respira. Fuerte, hondo, como al borde de un ataque de asma.

—Me dijeron que nomás pasas tú —dice el barbón y como que busca algo con qué defenderse en caso de que haga falta defenderse. Pero el Lauro no se encabrona ni se emputa ni se inmuta. Nomás agarra su silla de ruedas y le da recio a las ruedas y se le encara al barbón y lo pendejea sin decírselo, lo pendejea de abajo a arriba:

—¿Y cómo chingados quieres que le haga yo solito para cargar toda esa madre, mijo?

Y al barbón se le dibujan unas letras invisibles en la jeta:

I M B É C I L

Así, en mayúsculas. Y todos leen el letrerote mero en su frente, y él solito mejor se amansa, se cuadra, se quita de en medio y pasamos todos y entonces somos inmensos, grandotes, cabrones,

pordioseros invencibles,
constituyentes,

somos Calle y por eso entramos aventando gargajos sanguinolentos y llenado con nuestro hedor el hedor de dentro. Y ahí mero vamos viendo lo que vemos y nos sabe a gloria, a dulcísima mamada de chóstomo, a besitos de mamá buena, a caguamas bien frías, a sopita caliente, a caricias, a litros y litros de Tonaya. Vemos lo que vemos y el pasado se va a chingar su madre porque ni existe, ni es pasado ni ha pasado. Se nos olvida el hambre y los macanazos de los puercos, y el talón diario de la poli, y la lluvia colándose por debajo de nuestro nailon a la intemperie, y el malnacido aburrimiento de los días que se alarga y se nos echa encima como una sábana de tedio que nos va entristeciendo la mirada, luego la ideas, luego las palabras. Vemos lo que vemos y el futuro se hace chiquito en nuestros dedos mugrientos y lo hacemos pelotita como

moco, lo jugamos un ratito para luego aventarlo con displicencia a la puta calle, así, igualito que como estamos aventados nosotros. Somos un pinche moco, piensa el Chaparro en voz alta atrapado por el pasado pero ese pensamiento se va rápido porque delante tiene el futuro luminoso convertido en una paca gigantesca de cartón. Una casa, un bloque, un montón de cajas desbaratadas y apiladas una sobre otra hasta hacer un edificio de cartón, un cantón, un chingo, un chingo de chingos.

—Cien kilos—se le caen de la trompa las palabras al Chaparro.

—Nel —corrige el Lauro—, cuatrocientos cincuenta, mi rey.

CUÁL DIOS... AQUÍ TODOS SOMOS IGUALES

La gente mira a la *Horda* con lástima y asco: mitad y mitad. La gente no sabe nada de la *Horda*. Solo los ven y los juzgan. La gente no sabe por ejemplo que el Salva huye de sus recuerdos y por eso bebe; o que el Lauro sabe de amor; o que al Chaparro le gusta la Navidad y las canciones rancheras; o que el Ojitos habla zipizape porque se trozó la lengua en un delirio. La gente no sabe nada de la *Horda* por eso los maltrata, los maldice, los escupe, los denigra. Pero los gargajos de la gente no alcanzan a los sin techo, les viene guango su desprecio, le vale verga su maltrato.

De eso viven de hecho.

Cada gargajo es un tabique, cada vez que los mal miran más hondo rascan en el hoyo donde se refugian.

De eso viven de hecho.

Primero fundaron una ciudad y la llamaron DF;

luego construyeron un agujero iluminado por el Tonaya y le pusieron nombre: Calle;

luego se entregaron a ella con fe, con desapego, se soltaron en ella hasta ser disueltos en los ácidos gástricos de sus alcantarillas, se dieron a ella hasta hacerse ella y llegar a la certeza de ser ella más que ellos mismos:

—Somos una mierda —dijo el Ojitos en mitad de una peda triste, a medio día, en un macetero de San Jerónimo.

—Nel —lo intentó corregir el Chaparro—, ni eso, no somos nada.

—...pendejos —masculló el Lauro—, sí somos: somos Calle.

Pero la *Horda* de los techo no guarda rencores, la Horda es hermandad de la buena, o de la mala porque un día el Salva le sacó la navaja al Lauro por una raya de coca. Ándale, pendejo, vas, le dijo el Lauro y le

aventó el cuerpo con todo y silla de ruedas como si de veras no le tuviera miedo. Órale, cabrón, rájame el pescuezo, y abrió los brazos como un cristo, como un ave. Echó la cabeza para atrás estirando el pescuezo y mostrándole la yugular hinchada de muina, latente, latiendo, como queriendo que de veras se la rajara, como queriendo que de una vez lo sacara de esta porquería de vida, como necesitando huevos porque los de él no le bastaban.

Pero el Salva se contuvo,
y no sabemos bien por qué ya que el Salva nunca se contiene: lleva varios muertitos en sus hombros, o más bien en sus mejillas y en su paladar. Literalmente quiero decir, porque el Salva tiene tatuadas dos lágrimas en los cachetes y algunos puntitos en el paladar; y eso, en el lenguaje de las maras, no es otra cosa más que lo dicho:

muertitos.

El Salva no puede olvidar la aguja entrando en su mejilla, abriendo la carne, perforando la piel, inyectando la tinta. La aguja aguda recién desinfectada con el fuego de un encendedor y recién mojada en tinta de pluma bic. Así, a pelo, sin siquiera un paliacate para morder. A pelo. El agudísimo pico de la aguja abriendo la carne, manchándolo para siempre, inyectándole el recuerdo pútrido de haber matado a uno, luego a dos, luego a tres, luego perdió la cuenta.

—Lo cabrón es el primero..., tanto el difuntito como el tatuaje —dice el Salva—. El primer muerto te persigue, se te echa encima, te dice cosas bajito, por las noches, te cuchichea el cabrón, no te deja ir tan fácilmente. Igual el tatuaje, el primero es el más cabrón, el más jodido, el que más siente que te pudre la jeta, el que más costra hace y más tarda en sanar. Luego como que te acostumbras, como que la vida se vuelve otra vez buena, como que los problemas y el cansancio y el vicio y las ganas de seguir vivo se ponen encima del muertito y se va diluyendo. El tatuaje no, por eso se ponen, para que te acuerdes siempre que traes un muerto encima. Para que cuando ya se te esté olvidando no se te olvide. Para que cada vez que te veas en un espejo, o en un reflejo, se te venga

a la cabeza la cara y el cuerpo de aquel que respiraba pero ya no. Y todo por ti, por tu pinche culpa, Salva, dice el Salva cuando anda borracho y se siente sincero.

Pocas veces a decir verdad, casi siempre se empeda y le da por agarrar camino rumbo a la verga, es decir, sin rumbo. Nomás como que le entran una ganas gordas, panteoneras de huir y huye. Eso es lo que mejor sabe hacer.

La *Horda* sabe que un día de estos el Salva no volverá. Agarrará camino y se perderá en estas tierras sin dios. Porque aquí, en la calle, no hay dios, todos somos iguales.

Pero el Dios del Salva es uno preciso y único. El Salva lo sabe porque lo ha salvado, es más, le habló, le dio su palabra.

Mientras tanto la *Horda* se tira al sol como jauría de perros. sin dueño, se lamen las heridas, se ríen de todo porque en la peda todo da risa. Qué tranza, Lauro, cómo amaneciste. Y el Lauro no le responde pero asiente con la cabeza y el Salva sabe que anda de buenas; tal vez porque lo vio de reojo y se dio cuenta de que llevaba una botellita de Tonaya escondida en la manga y eso a estas horas de la mañana siempre es una buena noticia. Aquí en la calle las noches son cortas y las mañanas muy largas, sobre todo cuando no hay alcohol. Pero esta mañana pinta corta y de buenas, sobre todo también porque el Salva sabe que el Lauro mercó cocaína y en una de esas, tal vez, a la mejor, quizá y le salpica unas rayas nomás porque esté de buenas.

Y está de buenas.

Así que mientras la *Horda de los sin techo* se echa al sol, el Lauro va a su puesto y atiende, vende un par de chicles y una libreta, talonea unos molletes y vuelve rodando en su silla a la jauría. Y el Salva al verlo se acuerda de la coca y palpa en el bolsillo del pantalón el cuerpo plástico de la navaja que no ha dejado desde que salió de El Salvador. Juega con él debajo de la tela, saca un poco la hoja y la vuelve a enfundar. Sabe cómo manejarlo, sabe cuáles son sus medidas y alcances. Conoce el momento preciso en que debe desenfundar, el instante del sablazo,

el punto exacto del guadañazo. Se acerca al Lauro venteando la coca, lamiéndose los labios como animal de carroña. Se siente una hiena el Salva, se siente lagarto. Le retumbas los putazos de su vida en las sienes. Se le engarrotan las tripas al Salva nada más de pura ansia, nada más de puro deseo de sentir la coca llenándole de hormigas la enredadera de sus venas. Le duelen las papilas al Salva nomás de puras ganas meterse un perico por la nariz y un dedo por el culo. Se pone al lado del Lauro y se echa un trago gordo y grumoso de su saliva:

—¿Qué? —dice el Lauro y algo huele en la tensión de las venas del pescuezo del Salva. Algo descubre y mejor lo calma, lo amansa: sabe cómo tratar a las bestias.

Entonces el Lauro comparte. No siempre pero siempre les dice que comparte siempre. Quizá por eso también es el jefe. Así que el Salva no necesitará la navaja...; ni el Salva ni nadie: el Lauro rodará su silla hacia un zaguán y desde ahí llamará a la *Horda* con un chiflido y todos asistirán, obedientes y prestos, leales, sumisos y pendejos como cadetes del colegio militar. El Lauro los formará en fila india, como niños chiquitos, cabrones; por estaturas, culeros y dejen de picarse en chimuelo porque esto es cosa seria.

Y en fila india, como monjes estoicos, como feligreses recogidos ante el Señor, uno a uno irá inclinándose ante la silla de ruedas para recibir su ración, su perico, su raya, su comunión. El cuerpo de Cristo, dirá el Lauro mientras arrima la uña cargada de coca a la nariz del creyente. Amén, seguirá la broma el Salva, luego el Chaparro, luego la Güera, luego el Ojitos inmediatamente después de aspirar recio el polvo y aguantar la respiración.

El Lauro entonces será el sacerdote, un hombre que está muy muy cerca de Dios, pese a que aquí todos somos iguales,
no hay dios.

QUÉ IMPORTA QUE LAS PIERNAS NO SI EL PITO SÍ

Todas las noches son negras. Sin embargo hay unas peores de negras. Todas las noches son bellas, chingonas, dice el Lauro. El día nel, el día vale verga, el día es clarito y claritos sólo los ojos de mi jefecita linda. Porque tenía los ojos claritos y al medio día se le transparentaban con la luz. El día sirve para ir al banco, para ir a la chamba, para hacer visitas formales, insípidas. Cuando sales de día siempre sabes a dónde diablos vas a ir. Cuando sales de noche, en cambio, puedes terminar en cualquier lugar. La noche jala, provoca, tienta. El día es para la gente de bien y nosotros —se refiere al Salva y al Chaparro—, hace chingos de años que dejamos de serlo.

El Chaparro piensa que quizá sí; que quizá un día él fue gente de bien; que quizá hace unos años, pocos en realidad, cuando estaba aún en casa con su hijo, con su mujer. Cuando intentó regenerarse, sentar cabeza, dejarse de pendejadas, cuando juró portarse bien, dejar la *Horda*, cuando se levantaba temprano a hacer el desayuno quizá sí. El Chaparro piensa que sí, que efectivamente él ya probó eso de ser gente de bien y nel, no, ni madres, para nada, nuncamente.

Él ya no.

Él ya sabe a lo que sabe y no le late: prefiere ser Calle.

El Salva piensa en su pueblo, en su país, en su esposa, en su hija y en el hijo de perra que sacudió todo su cuerpo con el filo del machete. El Salva piensa en seguir vivo siendo gente de mal; piensa en que es mejor ser gente de mal porque así tiene la posibilidad de volver a El Salvador e indagar, investigar, buscar, hallar pistas, dedicar su mezquina vida a encontrarlo. No hacer nada más que intentar hallarlo, saber quién es, qué nombre tiene, cuántos años, qué nacionalidad, qué afectos, qué carros, qué costumbres, qué mujeres, qué vicios para engancharlo, anzuelearlo,

darle maicitos como a los pollos hasta tenerlo cerca,

muy cerca,

a una distancia de brazo, de navaja, de filo.

A una distancia de degollamiento.

Y cortarle el cuello cómo carajos no, hermanito. Y sentir el borbotón de sangre que lava todas las culpas, que redime todas las muertes, que expía todos los males. Todos los muertos. Todos. Todos los que han muerto por mis manos. Pero antes tronarle los dedos, quemarle los huevos, llenarle de gargajos el hocico, atravesarle un palo de escoba por el culo, sacarle los ojos con un desarmador como en los buenos tiempos, dice el Salva pensando en sus tiempos de carne entre los dientes. Atarlo a un árbol en el mero monte y dejarlo ahí hasta que las bestias lo desbrocen, le arranquen las tripas, pana. Cómo carajos no.

El Salva piensa en venganza,

es lo único,

lo único,

lo único que lo mantiene vivo,

o si no vivo, respirando.

Y en medio de esa noche más noche que otras el Lauro dirige las operaciones: oríllalo aquí, le dice al chofer del tráiler; abre las puertas de la caja, le dice al Chaparro; tréplate, al Salva. Y órale cabrones, en chinga porque esto urge, que es para hoy, que se nos queman las habas, que parecen señoritas, que valen verga no tiren la mercancía cuando el Chaparro ya medio ebrio deja caer una caja y se escucha el rompedero de vidrios.

Desde su silla de ruedas el Lauro coordina, dirige, ordena. Así ha sido siempre en la *Horda* y así está bien. Nadie cuestiona la jerarquía del Lauro. Será porque él sí tiene casa; y eso quiere decir que es el único que duerme noche a noche bajo techo. Un techo todo culero pero techo al fin. Y noche a noche. Un techo alto como son los techos del Centro Histórico de esta ciudad metida en un tambo de agua.puerca. Un techo donde el otro día, después de coger con la Nora, se pusieron a buscarle forma a las manchas y a las grietas que lo resquebrajan:

—Ahí hay un unicornio —dijo la Rebeca.

—Yo nomás veo un caballo —refutó el Lauro.

—¿Qué no le ves su cuerno?

—Los caballos no tienen cuerno, Paulina.

—Pues por eso no es caballo, pendejo, es unicornio.

—¿O sea que los unicornios son caballos con su cuerno?

—Al revés, papi —le lamió la oreja otra vez cachonda la Mariana—: los caballos son unicornios sin su cuerno.

—Ah.

Y todo siguió calmoso como era siempre que la Aleida visitaba al Lauro. Porque la realidad entre las piernas de la Lucy era una cosa buena. Cara pero buena. Como todo lo bueno.

Esa es otra de las ventajas de tener techo, piensa el Lauro, aunque a veces le gana el olorcito a meados de la calle, le gana la mengambrea, el batidillo, la porquería y se pasa un par de días con la *Horda de los sin techo*. Pero luego la consciencia muerde y vuelve a casa. Con el Chaparro o con el Ojitos o con el Salva o solo pero vuelve. Y al día siguiente jala su silla de ruedas, jala su carrito de dulces, jala su cajón donde avienta los billetes y ahí va otra vez a esta esquina o aquella a mercar, a perseguir a la chuleta, a camellar, a chingarle porque aquí, en esta pinche ciudad que ya le quieren cambiar el nombre, el que no chilla no mama, y el que no transa no avanza, y el que se chinga se jode, y puto el último, y chinguen todos a sus madres, y sálvese quien pueda, y a la verga las mujeres y los niños primero, y patas para qué las quiero aunque no me sirvan para una chingada; o sí, pero no para correr sino para vender lástima.

Lo cierto es que al Lauro a veces le gana el olorcito a mugre, a alcantarilla y ahí va otra vez a la puta calle a cabulear con la *Horda*, a pasarla chido, a talonear, a mercar un poco de coca o mota o unas caguamas o una putita de a cincuenta varos para darle gusto al cuerpo que todavía responde:

qué importa que las piernas no si el pito sí.

Pero nunca la misma, le dice al Chaparro, porque luego te

enamoras y enamorarse es de pendejos. El amor es una torta de lodo. El amor es un perro de azotea ladrando a los transeúntes. El amor es cenicero atascado de colillas. El amor es el único animal que después de muerto sigue dando vueltas como pollo rostizado.

Pero el Lauro miente, ha mentido siempre. Sabe, la verdad, que la mentira es más sincera que la verdad. Sabe que mentir es la neta y que decir la verdad no sirve más que para ni madres. El Lauro miente porque una vez a la semana, o dos, o hasta tres se va con una putita que es siempre la misma y de quien no diremos el nombre porque no lo conocemos. Ni el Chaparro lo conoce, ni el Salva, ni el mismo Lauro porque la putita también miente y a veces dice que se llama Flor y otras que Blanca y otras que Lucía; y otras, cuando se siente más exótica, dice que Nahomi, o Maida, o Arena, o Aleida; y otras, cómo chingados no, dice que María.

Sí, el Lauro sabe de amor pese a que le caga el amor; qué le vamos a hacer. Así, el Lauro se pasea del trabajo a la vagancia, del desempleo a la vida laboral, de la indignancia a la inserción, de la adicción a la abstinencia, de la mugre a la regadera y de la soledad al amor. Quizá por eso el Lauro es quien dirige la orquesta y da instrucciones de quién baja las cajas y quien estaciona el tráiler y quien carga y quien echa aguas en la esquina, pese a que esta vez el centinela valió verga porque la policía cayó por la esquina contraria y sin sirena ni luces ni ruido de motor.

Lo bueno es que sólo es una patrulla y dos policías. Lo bueno es que se acercan como conocidos, como gente de la casa, como gente de la calle, como gente decente y van directo al Lauro como si fuera su primo, su broder, su carnal y algo le dicen y él asiente y saca de la bolsa del respaldo de su silla de ruedas un papel que los policías alumbran con su lamparita y también asienten. Y al Chaparro le vuelve el alma al cuerpo porque por un momento pensó que les había caído la voladora y de aquí al fresco bote y mejor se fue haciendo chiquito chiquito hasta esquinarse entre las ruedas del tráiler con ganas de disminuir más aún,

más todavía, hacerse diminuto para desaparecer entre la basura de la calle de República de Cuba para que a la mañana siguiente me recoja el barrendero y me vierta en el camión y me lleve al tiradero de Chalco y ahí me aviente entre los desperdicios de esta ciudad mía, culero, de nadie más. Ser un desperdicio perdido entre los desperdicios de esta ciudad que todo vuelve a usar una y otra vez hasta que se le deshacen las cosas a uno en las manos. Y ahí se quedaría el Chaparro, muerto pero a salvo entre la basura del DF, aunque para entonces quizá ya le hayan cambiado el nombre pese a que nadie se lo pueda cambiar.

El Salva no. Él empuñó su navaja y peló los dientes y los ojos y vayan a la mierda, pana, yo no regreso a prisión. Y pensó en su hija muerta, y en el filo del machete que la desmembró, y en el hijo de puta que empuñaba ese machete, y nada más esperaba que se le acercara un puerco de aquellos para rajarle la garganta y salir corriendo, seguir huyendo porque su destino es huir.

Porque la huida es la única forma de vida.

Porque huir es la única manera de seguir vivo.

Huir, correr, no detenerse hasta que los pulmones le revienten dentro y deba parar para morir.

Pero ni lo uno ni lo otro: ni el Chaparro se convirtió en basura ni el Salva tasajeó a ningún puerco. Los polis se acercan al Lauro como familia, tratan al Lauro como familia, le hablan al Lauro como familia, fuman con el Lauro como familia; luego apagan su lamparita, chocan las manos, se suben a su patrulla y continúan con su rondín,

a oscuras y en silencio,

como ladrones.

AQUÍ EL QUE NO PEGA, PAGA; Y EL QUE NO RASGA, SANGRA

El Salva nunca había sido feliz hasta que llegó a la *Horda*. Antes de eso pura recia, pura carroña. Primero tuvo que pelearse con sus ocho hermanas por un pedazo de bolillo, cuando su madre preparaba un perol de tres litros de agua condimentado con un cuadrito de sustituto de caldo de pollo y párale de contar. Entonces al Salva le chillaban las tripas y se iba a dormir tirado junto a todos en una estera como perritos recién nacidos, con hambre y rabia y ganas de huir. Quizá de ahí le vienen las ganas de largarse. Luego le tocó salir corriendo de El Salvador debiendo vidas; luego la guerrilla; luego la mala vida en Centroamérica; luego cruzar como bestia sobre el lomo de la Bestia. Luego el devastamiento, el hacerse pedazos las neuronas con activo y thinner y resistol. Luego el derrumbarse, soltarse, saber que esta vida es una inmensa bola de mierda, pana, porque aquí el que no pega, paga; y el que no rasga, sangra. Saber, hermanito que la vida es una cicatriz, un moretón, una almorran. Pero hubo algún tiempo en que el Salva fue feliz, o no tan infeliz: cuando conoció a Rocío, y más cuando supo que iba a ser madre de un hijo suyo. Entonces el Salva no lo dudo. Lo dejó todo en busca de sosiego. Se casó como Dios manda y recibió la hostia con sacralidad y creyó, cree aún que Dios hizo al hombre y que en el Reino de los Cielos será para unos cuantos y uno de esos cuantos será él pese a sus muertes y a la manera en que ha vivido y al abandono de sus familia y al Tonaya y a la coca.

El Salva cree en Dios Vivo porque quise y quiero poner mis labios y mi corazón en tu presencia poderosa. Danos hombres y mujeres que sepan soñar despiertos en este tiempo tan jodido en sus raíces y en sus apariencias. El Salva cree en el Dios Vivo porque danos, Señor de los mil nombres, Dios de nuestros padres, hombres y mujeres que se dejen de mamadas y escondan en el armario de su dormitorio los garfios del miedo que paralizan casi sin darnos cuenta la llama de nuestra libertad,

y ponnos alas de perfección en los pies para salir como alma que lleva el diablo cuando la justicia nos aceche. El Salva cree en el Dios Vivo porque danos, Señor de las promesas, hombres hijos de puta y mujeres puercas que sepan lo que es amar a Dios en tierra ajena y a sus criaturas ajenas también, como yo que soy ajeno en esta tierra ajena. Hombres y mujeres grandes que tengan fuego en el corazón y en los huevos y lágrimas tatuadas en sus mejillas. El Salva cree en el Dios Vivo porque Señor, Dios mío, dame alas para levantarse de mi mediocridad y desde el cielo mear sin piedad al hijo de puta que le partió el alma a mi hija y a mi vida. El Salva cree en el Dios Vivo porque el frío de la realidad se hace seductor y atrayente, pero sólo en apariencia porque cuando su aroma nos invade por completo y sacia su propósito nos deja entonces en lo hondo la sed del vacío y en la profundidad de lo incierto. El Salva cree en el Dios Vivo porque Señor mío, muéstrate con toda tu fuerza como hiciste con Pablo de Tarso, Agustín de Hipona y Edith Stein una nube ingente de testigos que vieron tu rostro y su vida cambió brutalmente. El Salva cree en el Dios Vivo porque ¡Ay, Dios mío, ilumina mi noche con la claridad de tu semblante! ¡Ay, Señor mío, no te pares en la rosa, ni en la nieve, ni en la montaña, ni tan siquiera en el templo... Ven al filo de esta navaja y haremos que tu fuerza nos haga danzar como dos bailarines celestes y perennes! El Salva cree en el Dios Vivo y se siente, se sabe uno de los elegidos a la Gloria porque recibió la Palabra de Dios.

Porque la ha recibido tres veces.

La segunda vez que el Salva recibió la Palabra de Dios fue con el tercer muerto, justo antes de pegarle un tiro, después de haberle sacado un ojo con un desarmador. El Salva recuerda como aquel hombre lo miró y, pese a que sabía que lo iba a matar, en vez de mandarlo a la mierda o culparlo o maldecirlo, le dijo en voz quedita pero que el Salva sintió adentro, no en el oído sino adentro de él. En el pecho, en el estómago, en las venas, sintió clarito como aquel muerto le dijo:

«Sálvate».

Desde entonces el Salva decidió que sería Salvador y no Renán como es su verdadero nombre. Y desde entonces también el Salva sabe que haga lo que haga es por Obra y Gracia del Señor y que sus muertes no son pecados sino penitencias y que el Reino de los Cielos es para él y que ahí lo espera su hija desmembrada por un hijo de puta que lo buscaba,

lo buscó,

lo busca aún pero no al Salva sino al Renán y el ya no es aquel sino éste.

En aquel tiempo el Salva era Renán y era feliz. Con la boda, con el Sagrado Sacramento, con la Santísima Comunión, con la fiestecita humilde que organizaron en su vecindad, con el presentimiento de su hija latiendo en el vientre de Rocío. Luego volvió lo otro, lo podrido, las putas deudas,

las jodidas deudas,

las malparidas deudas que se hacen insoportables cuando lo que debes no es dinero sino vidas. Volvió lo otro, el recuerdo del mala madre que soy y que no dejaré de ser nunca. El trabajito que le encargaron y no rechazó porque eso es lo que sé hacer, eso es para lo que sirvo. Entonces fue inevitable: volvió lo que había dejado y se hizo más grande lo que no había podido dejar:

el alcohol,

el cristal,

la piedra.

UN HOMBRE DE DIOS

La vida del Salva siempre ha estado cruda. Siempre ha estado más culera que liviana, más sucia que cristalina, más espinosa que lisita. La primera vez que recibió la Palabra de Dios fue cuando era morro, chavito, chamo. Si hiciéramos un esfuerzo lo podríamos ver, corriendo entre los tinacos de su vecindad, huyendo ya, saltando de azotea en azotea, de casa en casa. Podemos sentir acaso el esfuerzo de sus piernas, de sus músculos, de su corazón, el golpe de la sangre en el pescuezo y los chorros de aire saliendo por las narices. Si prestamos atención podríamos escuchar, incluso, ese susurro que acompaña a la carrera, ese mascullar, ese retorcedero de palabras que salen de la boca del Salva mientras corre:

reza.

Sí, va corriendo y rezando, huyendo y rezando porque es un Hombre de Dios y Dios todo lo puede y el Salva cree en Su sangre y en Su sacrificio y si no me agarran Diosito te juro que no vuelvo a robar y tú sabes que es por una buena causa y dejo la coca y le compro la despensa a mi mamá pero sálvame, ampárame, líbrame. Y salta entre tinaco y tinaco, se desliza por un techo de láminas, se hace chiquito y se escurre por una rendija hasta un hoyo diminuto entre dos bardas y espera,

con el corazón en las orejas espera,

respirando sin respirar espera.

Escucha allá afuera las mentadas de madre, las maldiciones del batallón que lo persigue porque al Salva se le ocurrió robarle mota a un soldado y ahí fue donde la puerca torció el rabo, ahí fue donde se vino abajo la operación, ahí fue donde todo valió verga. Y ahí fue donde, hemos dicho ya, por primera vez recibió la Palabra de Dios.

Llegó en forma de rata, dice el Salva. Rata caminándome sobre las piernas, sobre la panza y yo sin poder moverme, sin poder siquiera sacudir un

poco la pierna para que se alejara. Aguantar vara, pana, qué le vamos a hacer. Porque o te aguantas con la rata encima o te acribillan a tiros ya que el soldado resultó ser guerrillero.

Y la rata sube por la pierna, olisquea las costillas, es su territorio y tú estás indefenso, ella lo sabe, sabe que no puedes moverte, sabe que estás a su merced. Y te huele, te mordisquea quedito, se te trepa al hombro y te pega la nariz en la oreja, fría, húmeda, asquerosa nariz de rata blanca.

Te va a morder.

Lo sabes.

Y sabes también que si lo hace tu tendrás que desmayarte antes de gritar, antes de emitir siquiera un gemido. Te preparas, estás listo para resistir, pero en vez del mordisco vienen la palabra, pana, clarita, salida de la rata hacia ti, viene la palabra en un chillido de la rata, la palabra que crea realidad, la palabra como piedra que da noticia y certeza, la palabra que hace que las cosas sucedan:

«Sálvate».

Y tú te quedas callado, atónito, absorto, perplejo, pendejo, estupefacto por el tiner y la mota y la carrera de más de media hora y las voces del batallón que se van acercando y viene la palabra otra vez:

«Sálvate».

Y sabes ahora —quién sabe cómo; quién sabe por qué—, que salvarte es entregarte. Así que mueves el cuerpo para salir de esa pinche grieta hedionda y quedar solo frente al batallón, solo pero sin miedo, solo pero con Dios, con Su Palabra.

Sin embargo no sucedió lo que esperabas: ver a todos arrodillarse delante del Hombre de Dios; verlos caer sueltos como listones delante de los preciosos ojos del Señor; escuchar sus súplicas y sus voces hablando del milagro.

No.

Lo que sucedió fue lo otro, aquello que apenas eres capaz de recordar porque los años y las drogas y las muertes se han ido encargando

de borrar. Lo que sucedió fue que te reclutaron, Salva, con tus apenas once años te reclutaron y te pusieron un fusil en las manos y te enseñaron a matar.

Te enseñaron a matar.

DOSCIENTOS CINCUENTA MILILITROS DE FELICIDAD

La última vez que el Salva recibió la palabra de Dios fue ya en México, en este DF que como chingan con el nuevo nombrecito. Pero se la van a pelar, culeros; se la están pelando, piojosos:

DF es y DF seguirá siendo.

Y aquí mero, en el hospital donde el Salva cayó a trabajar como lavandero, después de comer gatos en el monte, después de ser obligado a violar en la guerrilla, después de las muertes y los tatuajes en la mara Salvatrucha, después del hambre y las putizas sobre la Bestia, después de arrimarse como perro entelerido a la banda de Pino Suárez con el Costeño y el Lobo, después de mal vivir en la explanada de la Basílica, después de lidiar con los de Tepito y los de la Guerrero, después de cruzar Centroamérica, después de vivir en las vías, después de sobrevivir a la policía fronteriza, al Gobierno de Oaxaca, al calor de Veracruz, al catolicismo de Puebla. Después de rajarse la madre, pana, una y otra y otra y otra y otra y otra vez con uno y con otro y con otro y con otro, después de todo ese choro vine a dar a este DF que me abrió sus piernas y me lleno la boca del Tonaya que le gotea por la panocha.

Muchos golpes, miles de golpes. Algunos recibidos y otros dados. En las costillas y en la cabeza, en el hocico, en los huevos. Una y otra vez el faje, la achicalada, la putiza para defender o para conseguir. Para no permitir o para agandallar.

Con blancos, prietos, altos, negros, gordos, maloras y bien maloras; y bien pinches maloras. Con verdaderos hijos de puta, como yo, pana, como a mí me fueron haciendo desde chiquito.

—Quiénes —pregunta el Lauro sentado en su silla y escuchando el relato atento, sincero.

—Ellos. Todos. Todos ellos —dice el Salva y sorraja otro gargajo antes de empinarsé la botellita de Tonaya que esta mañana compró en la

tienda de Isabel la Católica esquina con San Jerónimo.

En esa tienda donde ya le fian a veces. A huevo pero le fian. Bastó con enseñar una vez bien pedo su navaja para que luego luego el dependiente le dijera agarra tu pinche Tonaya y llégale a la verga, pinche briago. Y él, obediente como es, agarro sus doscientos cincuenta mililitros de felicidad y se fue a la verga,
que es de donde vino,
que es de donde nunca debió haber salido.

Hubo una tercera vez, decíamos, que el Salva recibió la Palabra de Dios. En México, decíamos, en el hospital de La Raza donde entró a trabajar por Obra y Gracia del Señor. Porque un día que despertó tirado en el estacionamiento del hospital, quien sabe cómo un vato le pidió que arrimara esas pinches cajas hacia el otro lado de la bodega y que le diera una barrida. Y el Salva se puso trucha y las arrimó, las acomodó y le dio una barrida a la bodega. Y al otro día tempranito ya estaba ahí esperando al mismo vato para que le hiciera más encargos; y sí, ahora que le echara una lavada a esa nave y a este bocho y a esta ambulancia. Y así día tras días hasta que el Salva considero que ya estaba cerca la quincena y le dijo al jefe: jefe como que ya me merezco una propina, no? Y el jefe casi lo manda a la chingada porque ¿además de tu sueldo quieres propina, pendejo?

—Pero si ¿cuál sueldo, jefe? no ve que no trabajo aquí, si ni de aquí soy.

Y al jefe que se le va convirtiendo el emputamiento en remordimiento y que saca veinte varos y a los quince días un tostón y al mes un cien y como a los tres meses que le llega con una credencial del IMSS sellada, rellena, refrendada pero sin foto para que te saques un retrato donde salgas presentable y se lo pegues y te presentes a trabajar el lunes tempranito, Ramiro.

—No me llamo Ramiro, jefe, me llamo Renán.

—Te llamabas, ¿qué no ves cómo dice tu identificación?

Y el Salva dejó de ser Renán otra vez y ahora ni Salva ni nada sino

Ramiro Ortega Seerán que quién sabe de quién serán esos apellidos en realidad y de quién ese nombre.

—Seguro de un difuntito —vuelve a intervenir el Lauro desde su trono con ruedas.

—Y qué más da —dice la Güera.

—Y qué más dio —es el Salva quien da por terminada la conversación porque el Tonaya ya les cansó el caballo y ya están medio dormidos medio despiertos y ya les está dando para abajo y lo que empiezan a querer es un rincón donde dormir la peda que traen encima.

El Lauro los ve caer, uno a uno, lentamente y él desde su trono con ruedas nomás asiente como si viera como su ramillete de hijos se van a la cama y se sumergen en dulces sueños. Y él, maternal, les da su besito en la frente, los cobija y se da la media vuelta en su silla y se aleja en silencio sabiendo que sus hijos duermen en santa paz.

A nadie le importa, sin embargo, que el Salva no haya revelado la tercera vez en que recibió la Palabra de Dios, o la tercera vez en que Dios le dio su Palabra:

quizá pensaron que ese hombre que le cambió el nombre era la Palabra de Dios hecha jefe de mantenimiento;

o quizá que la Palabra de Dios fuera el hecho de amanecer todo crudo en el estacionamiento;

o que la Palabra de Dios había reencarnado en la una credencial del IMSS.

A VECES DESCONOCE, COMO ROTTWEILER

En la esquina de Bolívar y San Jerónimo el Lauro atiende. A todos. A la *Horda* y a los clientes de verdad. A sus conectes y a sus putitas. Al hijo del Chaparro que de vez en vez le pasa a dejar un kilo de tortillas y cien gramos de jamón porque la vida da una de jamón y hartas de queso de puerco, ya lo hemos dicho.

Así le cayó la noticia al Salva de que el destino llegó con su cara de sicario a rajarle el alma con un machete. Lo malo fue que ese machetazo no se lo dieron a él sino a su hija de nada más tres años. Eso fue lo malo, porque si se lo hubieran dado a él se habría acabado la rabia con todo y perro, pero como se lo dieron su hija ese perro se volvió peor de perro y desde entonces ya no hay vida que valga cuando se decide; y desde entonces, también, el Salva nunca,

nunca,

nunca,

nunca,

nunca,

nunca duerme horizontal. Y se lo repite siempre porque sabe que horizontal fue el machetazo que destruyó a mi hija, pana; y horizontal también será el momento en que me lleve la verga.

Había llegado temprano a la chamba. Había checado su tarjeta de Ramiro Ortega Seerán, había barrido su bodega y le había pasado el trapo a tres coches del jefe. Había encomendado su día a Dios y mentalmente había hecho cuentas de sus ahorros para ver si ya le alcanzaba para regresar o todavía no.

El Salva quería regresar.

Con las Rocíos que ahora eran dos y por ambas sentía eso que no se sabe decir sino sólo sentir: eso raro, recio, fibroso y frágil. Las tuve que dejar hace años sin querer dejarlas. O sí, porque estar cerca de mí era

estar en peligro de muerte. Sin exageraciones, pana, peligro de muerte porque las muertes que debía yo eran a gentes de muy mala madre: la guerrilla, la mara, la policía. Que al final son los mismos: nomás se van aburriendo de ser maras y se vuelven polis y luego guerrilleros y luego vuelven a la mara otra vez.

Pero esa mañana, para su mala suerte, se sentía optimista, hasta contento. Y el Salva sabe que lo contento te lo quita la vida de un putazo y ya, cállese cabrón, quítese esa sonrisa idiota de la jeta. Y dicho y hecho: el Salva termina de lavar un coche, enciende el primer cigarro de la mañana y un recuerdo le atraviesa el costillar, así que sale a la calle, busca una cabina telefónica y marca el número de Rocío.

Nada más conocer la noticia el Salva sorraja el auricular contra la cabina hasta que lo rompe y se rompe, se desgarran, se tuerce las manos, se abre los dedos, mancha de sangre por los golpes la cabina entera, la patean, la destroza porque él está destrozado y le vale verga destrozarlo todo. Alguien a su espalda lo nombra: ¡Cálmate Ramiro!, pero el Salva ya no es Ramiro ni Renán ni nadie sino un hombre destrozado,

destrozando,
destrozándose.

Pero el jefe insiste: ¡Ramiro por favor tranquilo! Y el Salva reacciona y busca la navaja dentro de su bolsillo y la encuentra, la sujeta, la aprisiona y camina en busca del jefe que algo intuye de su odio y reclusión; y algo intuye de su desgracia y le estira un puño de billetes antes de salir por piernas. Pero el Salva no quiere billetes sino a Rocíos, a las dos que ahora otra vez ya nomás es una. Se acaba de enterar, se lo dijo Rocío bien clarito: vinieron, le dijo, vinieron tres y la destrozaron a machetazos; y el Salva sabe quiénes son esos tres. Casi puede verles la cara y gracias a eso se da cuenta de que ninguno es el jefe y gracias a eso sale rumbo a su cuarto en la Guerrero, busca el botecito escondido en una viga del tejabán, entra otra vez a la calle y se dirige a casa del Patotas y le pone todos sus ahorros en la mesa y le exige todo este varo, todo, hasta el último centavo de piedra.

Y el Salva vuelve a su cuarto en la Guerrero y se encierra, se siente más solo que nunca, más extranjero que nunca. Y el Salva ahí odia su acento, su país, este puto mundo. Y el Salva no tiene huevos para trazar unas horizontales en sus muñecas con la navaja. Y el Salva no llora por fuera pero por dentro se destroza y más piedra y más delirio y entra otra vez a la calle en busca de alguien para rajarle al panza; pero corre con suerte él y aquel transeúnte que no pasó por ese callejón así que se queda con las ganas de muerte. Y desde entonces no se quitan al Salva, así que más vale no jugarle, mijos, dice el Lauro, porque el Salva desconoce, como rottweiler.

Quizá por eso el Lauro aquella tarde dudó.

—Como Jesús —dice el Chaparro.

—No seas pendejo, Chaparro —lo regaña el Lauro desde su trono con ruedas—. Jesús nunca dudó, eso es un mero chisme que nos han inventado los curas para meternos miedo. Lo cierto es que Jesús siempre tuvo claro a quién chingarse y a quién no. Sabía que una vez en la cruz se lo llevaría la verga para siempre sin que ningún dios, ni chiquito ni grandote, le pudiera hacer el paro. Ni aquí ni en el otro reino porque no hay. Así de sencillo: este desmadre aquí comienza y aquí mero se acaba. El que duda de veras soy yo.

—Y por qué dudas.

—El Salva es mi amigo.

—Mío también. Eso ya lo sabemos. Pero desconoce, ya lo dijiste tú. Además ni de aquí es. Además la neta y aquí entre nos ya me tiene el buche lleno de piedritas, pinche pierrero culerín.

Y el Lauro piensa en la policía, y en el dinero, y en que en realidad él no va a hacer nada, y en los montones de coca que podría comprar y dejar de una vez esta pinche silla de ruedas que a veces le caga las pelotas, y en las putitas que tendría por delante... o en una sola, la suya, la Tamara que a veces también se llama Alma.

DOS COSAS

Hay dos cosas verdaderamente podridas en este planeta. Dos por encima de todas. Dos neta de la verga. Pero neta pútridas, hediondas. Dos que a su lado todas las demás se ven chiquitas.

—Cuáles, Salva.

—Las fronteras y los hombres.

LA MARIHUANA ES PARA ALBAÑILES... PÁSAME LA MONA

Desde el día en que el Lauro aleccionó a la *Horda* y le dijo que la marihuana es para albañiles al Chaparro se le fraguó en la memoria la consigna y se juró por los hijos que no tuvo que jamás se dará un toque de esa porquería. Puro Tonayita, piensa, o dice porque a veces ya habla sólo el carnal nomás de pura intoxicación etílica. Por eso la última vez que se puso como idiota con otra banda, con otra jauría pero de más chavos, gentes de diecipcocos, chavitos de apenas rozando los veinte, les fue a tirar el choro de que la mariguana además de cara, era de pendejos. Y eso es lo que está echando a perder este país, compitas, la marihuana. Por eso se escapó el Chapo y por eso Kate se puso tan pinche flaca. Por eso también la Trevi se operó las tetas y la jeta, tan guapa que estaba antes y ahora es igualita a la Tesorito que es igualita a la Yuri que es igualita a la Lucía Méndez que es igualita a la Paulina Rubio, que es igualita a la Thalía que es igualita a la Anahís.

—Pues está chingón! —dice un chavito de aquellos, roñoso, famélico—: porque así cogerte a una debe ser como cogerte a todas.

—En lo que sí tienes razón, Chaparro, dice otro de los chavitos más chavitos, uno que parece puñito de hojas secas—, es en que la marihuana es para albañiles... pásame la mona.

Y ahí va el putazo de tener hasta las neuronas para que el cuerpo sienta lo que recibe y esta vida de mierda se vuelva más llevadera y este mundo de mierda se llene de colores y esta hambre de mierda se apacigüe con el solvente.

No sabemos qué chingados hace ahí el chaparro si ese no es su clan; y en la calle si te arrimas a otro clan te pueden hincar los dientes y la ñonga: «Bileteada», le dicen. Y le toca al primer pendejo que cae dormido, o al nuevo, al novato, al recién llegado, al arrimado. Al Chaparro no le late,

se siente excluido en el grupo de los excluidos. Pero ahí anda el wey, algo busca. Como que se acerca con los morros y les pregunta cosas, que de dónde chingados rascan la piedra, que a quién chingados le compran el guato, que en qué esquina se consigue material.

Ni un pinche peso encima trae el Chaparro y por eso más desconfianza causa a los morros, se ve que ni ganas de tiene de atizarse, se ve que es feliz con su alcohol pero pregunta y pregunta hasta que uno de ellos se emputa y se le va a los vergazos.

—Te cayó la voladora, pendejo —y el Chaparro tiene que salir a rastras de ese callejo en busca del suyo. Ni ganas de venganza en el Chaparro. Ni a eso llega. Lo único que quiere ahora mismo es ir a chillar con el Lauro, decirle que qué poca madre tiene, que agarre de detective a otro más pendejo, que a cualquiera de esos morros les vale verga la vida, su vida, la vida de ellos, que se les puede enjaretar cualquier muerto y ni pio dirían los putitos. Si con trabajos saben decir su nombre: el Patas, dijo uno; el Frente de olla, dijo el otro; Pitorcas, el otro; la Marrana y el Mastodonte.

—Ni saben que ni saben —insiste el Chaparro frente al Lauro—. Yo creo que hasta un favor les harías si los entuzas en el bote.

—Por lo menos comerían una vez al día.

—Eso sí.

—Eso sí.

Mientras va cayendo la noche llena de noche en la esquina de Bolívar y San Jerónimo el Lauro habla con la policía.

Es algo serio.

Se ve.

Algo relevante porque el Lauro palidece y mueve la cabeza como no queriendo querer. Pero los puercos arrecian y lo persuaden, lo mal miran, lo amenazan, lo señalan. Y al Lauro no le late. Como que sí pero como que no. Desde lejos el Salva ve la acción, pica la salsa, capizca la jugada y va sobres. Algo debe, lo sabe y por eso va sobres. Algo debe y los polis también lo saben y por eso va sobres. Algo debe y el Lauro

también lo sabe y por eso va sobres. La navaja en la mano y la mano en el bolsillo. Los dientes apretados y el olor a meados rodeándolo como un aura buena.

Y buenas noches, agentes de la ley.

Y aléjate, cabrón, venimos a hablar con el Lauro.

Y el Lauro es mi pana, cómo la ven; y relumbra el filo de la navaja con las luces de la torreta.

Y el policía desenfunda y apunta su arma al pecho del Salva.

Y el Salva sonríe. Es una sombra que sonríe. Pelando los dientes sonríe porque me la pelas con tu pistolita: ¿A poco crees que nunca había visto una de esas?, y piensa en la guerrilla, en las metralletas, en las ráfagas, en la mara, en la aguja que le inyectaba tinta en la mejilla, en la cárcel, en las violaciones tumultuarias, en el ruido de las ruedas sobre los rieles de la Bestia, en la risa de su hija, en las ganas que tiene de matar otro.

Y el Lauro: baja el arma González, no mames.

Y González: que suelte la navaja.

Y el Salva: nel, el Lauro es mi pana. Qué chingados traen con él.

Y el Lauro: ya estuvo Salva, no hay pex. No la cagues, mijo, mejor llégale que yo lo arreglo.

Y el Salva: ¿neta?

Y el Lauro: neta.

Y el Salva camina hacia atrás, poco a poco, sin quitar los ojos de los polis, de González que no baja el arma el puto pero tampoco amartilla, ni siquiera pone el dedo en el gatillo el maricón. El Salva en cambio retrocede sin guardar la navaja, sin aflojar los dientes hasta que llega a la esquina y súbitamente se pierde, se lo traga la calle.

La noche.

La calle y la noche.

Y el poli enfunda temblando y le dice serio:

—Ya ves. Si ese wey no vale nada y tú te vas a llevar buena plata. Además se pasó de verga el puto. Tú lo sabes.

—No seas pendejo —interviene González—, ni que fuera tu hijo.

—Casi —dice el Lauro.

—Exacto, nomás “casi”.

—¿Y si no fue el Salva?

—Eso vale varga, Lauro. Tú ponle el dedo y nosotros nos encargamos de que sí haya sido él.

Y se van dejando la bronca, la duda, la tentación en la cabeza del Lauro que no sabe si sí o si no,
si atorarle o zafarse,
si simón o mejor nel.

ARAÑAS, CARNAL

Sacaron los cuatrocientos cincuenta kilos de cartón en diablitos. Les tomó toda la noche echando viajes de aquí para allá, es decir, de un territorio a otro, es decir, de la bodega aquella a casa del Lauro. Porque Lauro es el machín, lo hemos dicho ya. Después de acarrear toda aquella montaña al Lauro se le vino encima un recuerdo lleno de alegría, se le vino encima su Carmen que en realidad es Inés y se puso espléndido el carnal y a la voz de «caguamas y putitas para todos» se armó la fiesta.

Poco nos duró el gusto, dice el Chaparro, o a mí, porque con eso de que ya se me están torciendo las tripas pues chale, al poco rato ya estaba bien pedo y más al rato me entró la pálida y luego la recia y al rato ya estaba bien doblado, durmiendo como angelito hasta que empezaron los delirios.

—Arañas, carnal, mecas, así de grandes. Culeras y peludas andando por las paredes de la casa. Sin casa. En la mera calle veía arañas andando por las paredes de la casa. Como si la calle fuera mi casa. Como si los muros de las casas fueran las paredes de mi casa.

Arañas, carnal, rojas, sangrientas. Peludas y sangrientas. Y el rechinadero de dientes, no mames. Y el torzón de manos, de piernas, y el engarrotamiento de tripas. Los temblores de la muerte, el trasudar de cuando ya te está cargando la chingada: el sudor del Diablo. Te toca, Chaparro, me dijo el Diablo. Ni pedo, pensé, me toca. Pero aguanta, le dije al Diablo. No seas culero. Mejor luego. Y ya no me contestó el wey. Nomás se hizo grande grande y se dejó venir sobre mí como si fuera una ola de lava, ardiendo, hiriente, viva. Así me vinieron a encontrar los enfermeros. Los habían mandado traer porque estaba muy culero ver a un vato retorciéndose en la banqueta y pegando de alaridos.

La Güera quiso salvarme pero no lo logro.

Me morí de todas formas.

De los delirios nadie se salva, ni el Salva, aunque dice que sí. Que él ya habló con el Diablo y le partió su madre a machetazos.

—Si ni machete tienes, wey —le dije.

—Aquí no pero allá sí —me dijo y me miró bien culero, desde allá. Por eso le dije al Lauro que si queríamos morir de muerte natural, o sea, con el hígado destrozado, algo deberíamos hacer para abrir al Salva.

—Antes de que él nos madrugue a nosotros, Lauro —le dije al Lauro y creo que sí me creyó, porque a los pocos días lo vi hablando con la poli, con el González, y luego ya no vimos más al Salva por aquí. Ni la Güera lo vio. Ni el Ojitos.

EL MENSAJERO DE LOS SUEÑOS

Al Lauro lo salva el Mensajero. Su Mensajero. Un carnal moreno, grandote, hondureño y pendejo, sin ofender, nomás diciendo la verdad. Buena gente, el wey, o sea pendejo. Cada ratito cuando llegamos al cantón del Lauro ahí está el Rubencito. Así le dice y a mí se me hace que se andan apretando las tuercas.

—Mi carnal el Rubencito —dice y se ve luego luego como pone la misma cara que cuando habla de la Graciela, o Lola o se llame como se llame.

Rubencito es canta-autor. Toca en fiestas, en bares, en cantinas. Su lira tiene nombre, se llama la Escandalosa y a él lo conoce la raza como *El Mensajero De Los Sueños*, así, con hartas mayúsculas en su nombre. Grabó dos discos en Honduras y luego ya no. No sabemos porque descalabros del azar vino a parar esta ciudad que se entercan en cambiarle el nombre pero que para Rubencito, *El Mensajero De Los Sueños*, también seguirá siendo DF y chinguen a sus madres todos; y chingue su madre el mundo; y chingue su madre dios.

Es un Mensajero, carnal, dice el Lauro. Llega siempre en las madrugadas, bien pedo, aún con un par de canciones atoradas en la garganta y se las echa aquí, a mi lado. Se me salen las lágrimas nomás de escucharlo. Neta. Y la Tania, cuando está conmigo, suelta sus *de cocodrilo* también. Hasta mis perros entienden y se callan y descansan el hocico en el suelo, tristes. Todos tristes. Perros y gentes. Todos tristes escuchando al *Mensajero De Los Sueños* porque nadie aguanta tanta dulzura en una sola rola. Nadie aguanta tanto dolor en una sola canción. Y te alivia el Rubencito, neta, no por nada le dicen como le dicen. Te alivia y sueñas, neta. Cosas bonitas sueñas; como que un día va a venir televisa a pedirme el depa para hacer una película del bludemon; o que un día la Violeta se quedará viendo las manchas del techo y decidirá no

irse más. Cosas bonitas sueñas, carnal, neta, como que te proponen cosas y serías muy pendejo, pero muy muy pendejos, pendejísimo si dijeras que no. Más viniendo de la poli. Más si te van a dejar una buena lana. Más si hasta casi le van a hacer un favor a ese pobre wey que se muere de ganas de morir.

Pese a que *El Mensajero De Los Sueños* huela a perro mojado siempre, o casi siempre, el Lauro lo hospeda de vez en vez. Solo de vez en vez porque aquí la raza se mueve.

No hay comuna, carnal.

Aquí nada es para siempre y siempre significa tres meses.

Y el Salva ya se pasó.

ESPONJADO EN UN LOTE BALDÍO

—Para mí que se lo llevó la tira —opina la Güera.

—Nel, seguro se regresó a su país.

—Nel, seguro lo encontraremos esponjado en un lote baldío.

—Chale, y él no era el siguiente que le tocaba —dice la Güera porque en su lista el siguiente era el Chaparro.

Sí, la Güera tiene una lista donde anota sus pronósticos de muerte. Sus vaticinios respecto a quién será el siguiente que morirá.

Así nada más,

porque morir es lo que se viene a hacer a la calle, porque ser calle no significa estar muerto pero si estar muriendo.

Para vivir está los demás, las ventanas, los hijos, el metro. Para vivir está Chapultepec y los espejos de los hoteles de paso y ver la ciudad desde los aviones o ver los aviones desde la ciudad. Para vivir están los algodones de azúcar y los besos de la Chayo y la carne de cerdo con verdolagas. Para vivir están las azoteas y los secretos y el ajedrez y las amantes. Aquí, en la calle, se viene a morir, y a eso nos ayuda el Tonaya, a ir muriendo.

Pero si el Salva se hubiera muerto seguro ya lo hubiéramos encontrado. Los muertos huelen a muerto y eso si no hay manera de ocultarlo. A menos que lo hayan enterrado pero quién chingados iba a estar interesado en enterrar a un pedazo de carne prieta y pútrida.

—Nel, a ese vato se lo llevo la tira —dice la Güera. Y en su mirada se vislumbra la desconfianza porque se dio cuenta de que el pinche Lauro ya hasta se va de lado, le pesa la bolsa de morralla. Hasta rompió su chaleco para comprarse otro porque si mi ropa no está bien dada a la verga no la dejo. Y pintó el cantón. Y se puso muy invitador. Y se trajo a vivir a su casa a la Soledad que ahora resulta que se llama Frida.

Lo cierto es que en la Horda de los sin techo ahora todos dudan y todos temen.

Hasta el Lauro porque ayer regreso la tira, el González, a decirle que nel, que el Salva no estaba en la cárcel, que se les peló aunque ya lo tenían amachinado y esposado. Pero aun así se les peló. Que es un perro. de.rabia, que los años con la mara y con la guerrilla lo trastornaron, lo violentaron, lo trastocaron, le llenaron la cabeza de vidrio molido revuelto con napalm y chile habanero.

—¿Qué es el napalm?

—Una cosa bien culera —es el González quien responde—, más culera que el tiner.

—Verga.

Simón, continúa la tira, dicen que el Salva no tiene alma, ni entrañas, ni tripas, ni nervios. Que tiene las venas llenas de vinagre, que lo habían levantado en la noche bien pedo, lo llevaron a un chiquero y ahí lo atendieron hasta que cantó:

—Sí mi jefe, —dijo el Salva vencido—: yo mero fui.

Pero al momento del traslado quién sabe cómo se zafó un aro de las esposas y le sacó un ojo a mi pareja con el putito dedo gordo y salió corriendo como rata y se trezó entre el gentío y se coló al metro y se tiró a las vías y se enfiló en putiza por el túnel hacia el borde de la noche.

—Lo seguí, Lauro. Lo seguí. Iba gritando el cabrón por eso era fácil seguirlo. Lo seguí hasta el metro, hasta las vías, hasta el túnel. Pero cuando la luz fue escaseando y saqué mi pistola lo siguiente que vi fue los focos del tren que se me quería echar encima. Hasta salió en el periódico porque el jefe había convocado a conferencia de prensa —jadea el poli mientras tira la portada de un periódico donde se ve al Salva saliendo de la patrulla deshecho a madrazos y con ojos de diablo.

Pero de verdad de diablo.

Neta de diablo.

De diablo.

El Diablo.

SABE A CALDO DE VERGA

El Salva dice que habló con el Diablo. Se le apareció una noche después de haber matado a un wey en la Bestia. Y que ahí, sobre el techo del último vagón del tren, mientras miraba como las vías se iban se quedaban atrás y se iban perdiendo, se le apareció un vato mamado, recio, encuerado, nomás con un chor, todo tatuado el vato, me dijo. Y hasta ahí todo normal hasta que le vi la jeta, toda tatuada igual y la cabeza toda rapada..., pero con cuernos, pana.

Neta

con cuernos.

—Así que usted es el culerín que acaba de acabar a este wey —dijo y me enseñó el cuerpo del vato que me había quebrado. Lo traía sujeto en una mano, colgando como trapo viejo. Muerto, bien muerto, aún sangrando por el hueco de los ojos porque yo se los había sacado con un desarmador.

—Simón —le dije y ni miedo tuve. Más bien sentí chido, como si por fin alguien, aunque fuera el Diablo me iba a alivianar de una vez por todas.

Le brillaron los putos cuernos al empedernido, soltó el cuerpo del desojado y se me vino encima despacio, babeando, con un machete en la mano de donde no colgaba aquel.

Ni lo pensé, huevón, ni lo pensé. Nomás le dije, me pelas la verga Diablo y levanté la pistola que le había quitado al muerto y le metí un plumazo entre los cuernos. Por allá voló el putito junto al otro difunto. Inmediatamente pensé «me tengo que hacer otro tatú».

El pedo fue el sabor a sangre y vinagre que desde entonces se me ensalivó en la boca: sabe a caldo de verga.

Ese fue el pedo. Porque ese amargor nunca se me ha ido ya, ni el Tonaya me lo quita. Ni siquiera el hecho de estar muriendo.

TODO SÍ TIENE SU NO

Yo la neta no le creo al Salva. Neta. El Diablo es el Diablo y no se anda con mamadas de pistolitas. Ese culero no perdona, ni avisa. Nomás te cae y a revolcarte cabrón, no que muy machín. Así me pasó a mí aquella vez del cartón. Primero la felicidad, pero luego, el delirio, carnal. Chale. Si no fuera por los delirios el Tonaya sería perfecto, pero todo sí tiene su no.

Dicen que el Lauro le puso el dedo al Salva. Por eso desapreció.

Y no sabemos si se lo cargó la policía o se regresó a su pinche pueblo o se huyó o qué pedo.

A la mejor está en el bote dado a la verga pelándose con el Diablo a diario. Porque en el bote puro Diablo, ahí sí, si me lo dicen a mí.

EL DIABLO

Un Tonaya, un frasco, un pomo, un alcohol, un pegue, un sorbo. Así se dice en la calle. Un aliviane, un trago. Incluso hay quien le llama: un chingadazo de paz.

Y un chingadazo de paz es lo que ahora necesitan ahora el Chaparro, la Güera, el Ojitos, y sobre todo el Lauro. Porque anoche, ya bien carcomida la madrugada, alguien vio en el barrio al Salva.

—Está bien rojo, el culero —dicen—. Tiene los párpados volteados y las comisuras de la boca abiertas.

—Dicen que no es el Salva pero yo lo reconocí —jura uno de los chavitos de ventipocos que le meten diario al tiner—. Pasó a mi lado y me llegó su olor a gasolina.

—Qué tranza mi Salva —le dijo aguantándose el miedo.

—No soy el Salva —escupió el culero y el ruido de su gargajo enfrió toda la calle. Se detuvo y todo se detuvo con él. Raro de la verga. «Pinche tiner», pensó el morrito, «hay viene el mal.viaje otra vez».

Pero nel. Era real. La noche era la noche y el Salva era el Salva y su gargajo llenaba de frío la banqueta, el coche abandonado en la esquina, el único poste de luz que todavía sirve.

—Ponte, mi Salva —le dijo de camaradas una vez más y le extendió la mona.

—No soy el Salva —repitió con el hocico sangrando, los años de dolor en el pellejo, las muñecas lastimadas, el recuerdo de sus Rocíos titilando en la pupila, los labios costrosos, la nariz rota, la navaja latiendo en un bolsillo del pantalón, la jeta reseca, los tatuajes ennegreciendo las mejillas y el paladar, el frasco de Tonaya latiendo en el otro bolsillo del pantalón—: soy el diablo.

Y se encaminó trabado y sin hacer ruido hacia la boca del callejón.



CENTROHISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO

FUNDACIÓN
Carlos Slim

FUNDACIÓN DEL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO A.C.

SOMOS CALLE

El libro *SOMOS CALLE* busca comunicar la vida cotidiana de las poblaciones callejeras, en este caso las del Centro Histórico de la Ciudad de México, con la intención de romper la invisibilización de estas poblaciones a través de un reporte novelado.

Las historias del libro reflejan sólo un poco de las problemáticas, riesgos y dinámicas que se observaron en un trabajo de inmersión en las calles del Centro Histórico a lo largo de un año, por parte del equipo de operadores de calle de la Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México (FCH). Esperamos que a través de este reporte novelado se pueda contribuir a la sensibilización de la población para recordar que toda persona, pese a no tener un techo, sigue siendo plenamente humana.



www.fundacioncentrohistorico.com.mx

